



UN MES.

Madrid... 8
Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 70

LECTURAS PARA OJOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL CAPITAN ARENA, por Alejandro Dumas.—Uno ídem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno ídem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno ídem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

LAS SIETE MUGERES DE BARBA-AZUL.

LEYENDA FRANCESA.

Cada nación tiene sus leyendas especiales, con las que cuando niños nos vemos dormidos sobre las rodillas de nuestras madres y de nues-

tras niñeras. Vamos á contar á nuestros lectores una de estas leyendas.

Pues señor... había en una de las principales ciudades de la Francia un gran castillo gótico, coronado de almenas, rodeado de bosques y jardines, donde vivía un poderoso señor que dominaba todas aquellas comarcas, no tanto por sus riquezas cuanto por el terror que inspiraban las acciones que de él se referían. Este poderoso señor se llamaba Raoul Barba-Azul. Dábanle este nombre, porque en efecto tenía la barba de color azul, lo que le daba un aspecto bastante raro y maravilloso. Este señor, como era tan rico, y al mismo tiempo tan temible, hacia cuanto se le antojaba en todas partes; y no había muchacha á quien se dirigiesen sus ojos, que no se creyese muy afortunada en poder obtener su mano, ó que sus padres no temiesen descontentarle negándose.

Había ya verificado su octavo matrimonio, porque las siete anteriores habían desaparecido muy en breve, sin que nadie supiese qué había

hecho de ellas, lo que daba mucho que hablar á los habitantes del país, y era objeto de las conversaciones por la noche al amor de la lumbre en todas las casas y cabañas de la comarca.

Hemos dicho que Raoul se había casado ya con su octava muger; y ésta, que vivía demasiado escamada por la suerte de sus antecesoras, antes de ser entregada al opulento señor del castillo, se había puesto de acuerdo con un amante suyo llamado Bergi, al que se propuso dar entrada en el castillo bajo el disfraz de una amiga que viese á visitarla, en la ausencia de Barba-Azul.

Mejor hubiera querido tenerla colocada á su lado como una criada; pero Barba-Azul no era hombre que se dejase fácilmente engañar, ni tampoco con quien uno pudiese chancarse.

Estaba Raoul muy enamorado de Isaura, que este era el nombre de la linda dama que ocupaba el octavo lugar en el largo martirologio de nuestro hombre. Protestábala todo su amor: la hacía una larga enumeración de sus rique-



Bergi lleno de valor le metió por la espalda una daga que llevaba oculta.

zas, del oro, de las alhajas, de las perlas, de los rubies, de los brillantes que poseía, del rico vestuario que tenía; de los prados, de los campos, de los bosques; y todo aquello decía que lo ponía enteramente á sus pies; le daba la llave de sus armarios, donde estaban encerradas tantas preciosidades; y solamente le exceptuaba el que pudiese usar de una llavecita que colgada con las demas estaba en el llavero, la cual estaba elegantemente dorada, y abrió un gabinete en el que prohibía que penetrase jamas, ni lo mirase siquiera.

Isaura quedó dueña de tan inmensas riquezas, pero molestábala mucho la prohibición que la había impuesto Barba-Azul de penetrar en aquel misterioso gabinete. Cuando se hallaba mas inquieta, y luchando con su propia curio-

sidad, vió entrar á una jóven, y bajo su disfraz reconoció á su amante Bergi. Abrazarle, participarle la eterna inquietud que la aquejaba, y enseñarle aquella llavecita dorada que abría sus dedos fué obra de un momento.

Bergi, que había penetrado en el castillo dispuesto á todo bajo los vestidos de muger, con el objeto tal vez de poder susraer á la dominación de Barba-Azul aquella muger á quien tanto amaba, se prestó fácilmente á abrir el misterioso gabinete. Combatió los escrúpulos y los temores de Isaura, y vencida ésta por su palabra, metió la llave en la cerradura de la puerta, y abrió.

Vió en el gabinete que acababa de abrir siete mugeres sin cabeza, vestidas de blanco; tenían la mano izquierda apoyada sobre la ca-

dera, y cada una de ellas la cabeza debajo del brazo.

A punto de morir de horror se encontró Isaura al ver aquella perfidia, aquella barbarie, y al considerar que su bárbaro esposo la preparaba tal vez igual suerte.

También Bergi, aunque hombre, no pudo menos de ver helársele la sangre ante aquel horrendo espectáculo; pero Isaura se apoyó sobre Bergi, y este procuró sostenerla, porque sin su auxilio indudablemente hubiese venido al suelo.

Miró Bergi, y reconoció en aquellas cabezas las siete mugeres, las siete milades de Raoul Barba-Azul. Vieron que igual suerte sin duda iba á tener Isaura, y trataron de determinar lo conveniente; pero creyeron que debían empezar por cerrar.

En efecto, en el momento en que Isaura trató de cerrar se rompió la llave, y con grandes suspiros y gemidos conoció que estaba perdida, porque iba á conocer inmediatamente Barba-Azul que había entrado en el gabinete, objeto de todas sus prohibiciones.

Así sucedió; pocas horas después el señor Raoul, que había salido al campo á cazar en uno de sus bosques, volvió á entrar en el salón del castillo, á pretexto de que había olvidado el tomar una cosa; y viendo á Bergi preguntó que quien era aquella mujer, Isaura le contestó que era su hermana sor Ana.

—¿Sor Ana, díces? Me encanta el poder proporcionar un asilo á tu hermana.

Y mirándola bien, y reparando en los pies y en las orejas, dijo para sí que allí debía haber alguna embuchada.

En seguida pidió Barba-Azul su llavero. Entonces fueron los apuros y las penas de la pobre Isaura. Sin embargo, trémula, vacilante, llena de miedo, se lo entregó. Miró Raoul, é inmediatamente echó de menos la llavecita dorada, y dirigiéndose á su esposa, la dijo:

—Perfida, tú has abierto, estoy seguro, la puerta de este gabinete; y también debes estar segura de tu muerte. No te he puesto mas que una sola limitación para que dispusieras de todas mis riquezas, la de que no abrieras este gabinete, y me lo has ofrecido; has llevado á el tu ojo indiscreto, por consiguiente vas á morir.

—No morirá, no morirá, dijo una voz que no se sabía de donde salía: nosotras la arrancáramos de tus brazos.

Parado quedó al pronto Raoul Barba-Azul, á pesar de su osadía, cuando se abrió la puerta del gabinete, y vio á todas las cabezas agitarse bajo los brazos de las siete mujeres, que le gritaban:

—Ahora vas tú á morir.

—¿Por qué? ¿Qué tenéis que echarme en cara? Todas las siete mujeres respondieron á la vez:

—Yo tu ferocidad, dijo la primera.

—La segunda, yo tu barbarie.

—La tercera, yo tu gula.

—La cuarta, tú no eres mas que un envidioso, le dijo.

—La quinta, un orgulloso.

—La sexta, un lujurioso.

—La séptima, un perezoso.

Y después añadieron todas en coro:

—Ademas un celoso.

—¿Queréis callar, señoras? las dijo Raoul; os vuelvo á encerrar; y al mismo tiempo se dirigió á la puerta, y echó los cerrojos.

Dirigiéndose siempre á la pobre Isaura aterrada con aquel porfento, la dijo:

—Señora, habéis faltado á lo que os había mandado, y al cumplimiento de lo que me habéis ofrecido; os aguarda la muerte.

Isaura se arrojó á sus pies demandándole piedad.

Raoul permaneció impassible.

—Y qué jam encontrará eco la compasión en vuestro corazón, señor? le dijo inundada en llanto.

Raoul la rechazó de su lado, y la dió algunos minutos para que se preparase á la muerte, marchando para buscar un cuchillo y verificar su oculta muerte.

Isaura y Bergi miráronse, y se agomaron á la ventana para ver si podían esperar algun auxilio. Vieron una gran polvareda, y concibieron en un momento esperanzas, pero á poco se desvanecieron viendo que era un rebaño de carneros que conducía un pastor. A pocos instantes vieron una segunda polvareda; miraron otra vez que podría ser, y vieron que era una manada de perros que conducía un campesino. Perdieron enteramente todas sus esperanzas: Isaura se preparaba ya á morir como sus siete antecesoras, y Bergi revolvió en su imaginación el modo de salvar á su amante, y evitar el mismo la castidad que después de ella le amenazaba.

En efecto había pasado como un cuarto de hora cuando volvieron á ver entrar á Raoul Barba-Azul con un grande cuchillo en la mano. Dirigiéndose hacia Isaura todatrémula y llena de angustia, cuando en aquel mismo instante la puerta del maravilloso gabinete se abrió. Las siete mujeres de Barba-Azul tenían su cabeza, no ya

como momentos antes bajo el brazo, si no colocadas y muy firmes sobre los hombros. Adelantáronse con un paso solemne y arrancaron el cuchillo de las manos de Raoul, el cual echó entonces mano á su espada, pero con grande asombro de la infeliz Isaura la acerada hoja se cambió en una pluma. Entonces Bergi lleno de valor le metió por la espalda con la mayor heroicidad una daga que llevaba oculta. Raoul cayó al suelo dando un espantoso ronquido, semejante al gruñido de un cerdo. Bergi le puso el pie en la garganta y exclamó:

—¿Señoras! gran victoria hemos ganado: hemos vencido á Barba-Azul; y supuesto que después que os ha matado y encerrado en ese gabinete habéis vuelto á saber arregtaros la cabeza, podéis vivir y saldremos todos juntos de este maldito castillo. Yo me casaré con Isaura; y cada una de vosotras podrá hacerlo con quien mejor le convenga y le diere gana, mediante á que ya hemos concluido con este bárbaro de Barba-Azul.

LA GRUTA DE CIRCE.

FRAGMENTO DE UNA NOVELA INÉDITA.

FANTASÍA.

(Conclusión).

A este tiempo la hermosa jóven por un movimiento ondulante dejó caer el cenizo que cubría parte de su cuerpo, cuyas proporciones, realizadas por una perfecta conformación anatómica, me hizo admirar, hasta donde permitiera el decoro, con cierta refinada coquetería. Pude contemplar el contorno de su linda pierna, sus brazos torneados, su perfil griego y su talle esbelto, cuyas graciosas formas ocultas pudorosamente bajo los profusos pliegues de su túnica blanca de lino, marcaban la ondulante línea de sus proporciones, semejante á una matrona romana, ó mejor dicho, á una diosa del Olimpo que descendía á la tierra con sus formas materiales.

—Ya es tiempo de que sepas mi nombre, dije imprimiendo un ósculo en mis labios; (aquel beso me hirió como la picadura de un reptil ponzoñoso); me llamó Adelia de Bassilostki, nombre barto célebre en los altos círculos, y que no debe ser desconocido, á ti, conde, que aunque de nuevo cuño, figuras en las esferas sociales mas distinguidas.

Me estremecí involuntariamente de terror; en verdad que la princesa rusa que tenía delante era una celebridad fatal para que me fuese desconocida. Sus escentricidades, sus locuras y sus terribles caprichos leían siempre un desolado fatídico, y yo era víctima de mi imprudente ligereza.

No había ya medio de conjurar el golpe que inevitablemente me aguardaba; sin embargo, era necesario simular una serenidad de ánimo que no poseía, y hasta una ignorancia absoluta; de suerte que decidido á ello, repliqué con marcada indiferencia:

—No me cabe el honor de conoceros, bella señora; son tan limitadas mis relaciones en el gran mundo, que mis conocimientos giran en un círculo demasiado estrecho; sin embargo, la casualidad á que debo la honra de esta misteriosa entrevista, me coloca en la posición de un esclavo dispuesto á sacrificarse en obsequio de una tan linda dama, como vos lo sois.

En los labios de la princesa vió una sonrisa cáustica. Marcó una señal expresiva á sus esclavas, que se retiraron al punto; y tomándome por la mano, atravesamos la vasta y suntuosa cámara, y empujó el botón de nícar de una puertecilla secreta que se abrió al instante.

Por un instinto desconocido de repugnancia vacilé al tiempo de entrar, y aun me resistí, pero la princesa me estimulaba á ello, y dirigiéndome una fascinadora mirada, noté que dos lágrimas salpicaban sus hermosas mejillas, y

corrían á través de su lustrada piel, para sepultarse en su seno.

Defíveme á mi vez conmovido ante aquella demostración de ternura, que no era sino un ingenioso ardid de coquetismo con que me sedujo nuevamente. Y como ella adivinase la lucha que experimentaba mi pecho, renovó sus caricias y logró enterrocarme; porque la mujer posee ciertos resortes poderosos á que no es fácil resistir.

VI.

Aquella misteriosa entrada infundía un pavor inexplicable y sombrío. Una esclava, negra como el ébano, inmóvil como una estótea, guardaba la puerta. Adelia redobló sus ardientes caricias hacía mí, caricias que hacían sospirar á la pobre negra, y que concluyeron por desvanecerme.

Las lámparas parecían amortiguar su luz débil y semi-viva, y sus rayos debilitados ya, resbalaban sobre las molduras caladas del artesonado, sobre la columnata figurada y sobre las estucadas paredes del salón, donde proyectaban fantásticos visages. Reinaba un lúgubre silencio, y el monótono choque de las olas del canal que se estrullaban contra la escalinata de mármol era lo único que alteraba la calma de la ciudad dormida.

La princesa con su artificiosa astucia me devoraba con sus ardientes caricias y me retenía convulsivamente en sus brazos, como en un círculo candente: su lengua articulaba frases cortadas, y el fuego que irradiaba de su ardiente pupila parecía destellar una intensa llama de amor que me enloquecía y cegó mis potencias.

Aspirábase allí una atmósfera que embriagaba, mi vista se oscurecía y todos mis miembros yacían entorpecidos por cierta influencia desconocida que enervara mis facultades y me aproximaba al delirio, esa anómala paréntesis de la vida real, y que es la tregua imaginaria de las rudas fatigas del hombre: exhalaba un humo acre, un vapor corrosivo y delicioso al propio tiempo, que seducía los sentidos y estimulaba el oído; y en medio de mi turbación parecíame ver á través de un sueño que aquella mujer diabólica, descendiendo de su exaltación, caía en una dulce languidez todavía mas incitante.

Luego, cediendo á la presión del encanto, noté que cayó en mis brazos, jadeante, desvanecida de amor, y ambos, perdidos en un caos de delicias, cambiábamos palabras de apasionada ternura.

Cayeron las cortinas diáfanas, como un velo virginal que envolviera nuestros puros goces, y aparecieron visiones estrañas, estatuas púdicas de mármol blanco que flotaban como puntos fantasmagóricos que iban convirtiéndose en grupos materiales é inmóviles sobre pedestales de oro, reflejando sus contornos la luz virida que iluminara el retrete.

Una música lánguida y voluptuosa me pareció oír remotamente, y á su compás creía ver vagar en el ambiente á través de purpúria y rosada niebla sombras desconocidas, puntos vacilantes que se volatilizaban luego en átomos dorados.

La luz de las lámparas iba estinguéndose, y desplegábase únicamente en torno nuestro una aureola diáfana de indecible gloria. Las estatuas parecían animarse, y sus bellas proporciones crecían y se dilataban, deprimiéndose alternativamente para tornar luego á su incremento; y durante este juego ideal vagaban por el espacio sombras lascivas, flotando los néreos pliegues de sus transparentes velos que sacudían una lluvia de polvos de oro.

Eran Vénus, Cleopatra, Mesalioa en sus días de libertinaje, y otras muchas de esas imperas cortesanas divinidades del Olimpo, de impudica memoria, cuyo recuerdo aun sonrío y cuya fama nos ha legado á través de los siglos una serie de manchas y liviandades.

VII.

Rasgóse luego la tapicería del fondo, y apareció un rico y espacioso salón espléndidamente iluminado con arañas de cristal y lucientes cau-

delabros de oro. Una mesa cubierta de sabrosas manjares prolongábase en su espacio, y á su alrededor, sentados sobre escaños de terciopelo blanco, recostados unos sobre otros, ó bien apurando copas de cincelado oro, al estruendo de animadas brindis y báquicas canciones de líbrica cadencia, veíanse alineados gran número de comensales, de pupila fulgurante que revelaba el frenesí de la orgía, rostros exaltados, facciones alteradas y miembros enervados por la embriaguez.

La mesa estaba poblada, como ya hemos dicho, de exquisitos manjares, plúsculos de confitura, pirámides de frutas matizadas de flores, copas de ámbar enrojecidas por espirituosos licóres, vertidos en algunos puntos sobre el abundoso mantel de brocado, sabrosos asados colocados en platos de concherna ó plata y caprichos de mazapan diseminados por la superficie.

El ambiente estaba saturado de olorosos perfumes, y los mil espejos circulares que colgaban horizontalmente de las estucadas paredes retrataban aquel pintoresco conjunto con una pureza de reproducción indecible.

Eran los comensales personificaciones de la mitología, dioses, ninfas y ángeles con desplegadas alas que solían elevarse de sus escaños y cernirse en el aire como un ave del Paraíso que se columpia en las esferas y parece remontarse al trono del Criador.

Y en medio de aquellos grupos de ninfas vírgenes siempre bellas y seductoras, en medio de aquellas fantásticas creaciones, mistificaciones del Olimpo, deslizábanse pasando por todos los accidentes del prisma, sombras voluptuosas y provocativas, espectros vaporosos que huían mas ó menos veloces en figura de ángeles con sus alas doradas y sus penachos de fuego, sirviendo á los comensales y modulando cánticos de arrebatadora poesía: quienes improvisaban brindis, quienes arrancaban flores de sus coronas para arrojar sobre las bandejas una lluvia aromática. Estas bandejas, sobre las que se elevaban pirámides de delicadas frutas, eran de oro y plata, engastadas de topacios y sostenidas por globos de fúlgidos diamantes.

Mi imaginación vagaba de portento en portento: embebecido, fuera de mí, sonreía maquinalmente, miraba á todas partes, quería aspirarlo todo, y era impotente ante tan poderosos estímulos. Un ósculo de fuego, una caricia que esculpiera en mis mejillas una boca de rosa de aquellas divinidades de carmines facciones solía reanimar mi ser, y exhalábase el alma ante aquella presión carnal tan voluptuosa.

Veíanse arrastrar sus largos mantos de púrpura y aproximarse lentamente envueltas en sus túnicas blancas tálares, con el seno velado por transparentes gasa, su tocado esmaltado de diamantes y perlas y perdidos los pies en las pliegues de sus mismos ropages aéreos...

Y luego al son de una música melodiosa, al eco de mil armonías celestiales, todo cambió como por un golpe mágico: las mesas y tronos desaparecieron, reemplazándose suntuosos lechos con pabellones flotantes, y en los cuales yacían aquellas profanas deidades en una de esas actitudes de prueba para el hombre casto.

Las paredes, la ensambadura, el pavimento, todo era un ascua de oro sembrada de pedrería con embullidos arabescos brillantados, donde reflejaban las luces de los candelabros, y de trecho en trecho, formando vistosos pabellones, colgaban soberbias telas de brocado, que al movimiento del roce solían arrojar una granizada de perlas finas de Oriente.

Muerto, apenado, vacío el corazón por tantas ilusiones, macerado mi espíritu, desfallecía de fatiga, y cuando otro en mi lugar diera la mitad de su vida por el goce de tantas delicias, parecíame espirar estenuado por una laxitud mortal.

Adelina, la encantadora princesa, estaba á mi lado, exaltada, riante, triunfadora, como el ángel de la maldición gozándose en su trofeo. Sus mejillas estaban cubiertas de una púrpura bilioso, y rebotaba en sus labios un insultante sarcasmo, semejante á la hiel que vierta una copa colmada.

Luego me pareció ver un gigantesco negro que armado de un puñal buido, alzaba el brazo sobre mi pecho, mostrándome unos dientes blan-

quitos y una pupila fulgurante como el ascua que se dilataba como la del tigre sobre su presa rendida.

Vi al fin el reflejo del arma, que cegó mi vista, y sentí luego la fría punta que rasgando la piel, introduciase lentamente en la región pulmonar, impulsado por un esfuerzo de la princesa el trémulo brazo del esclavo.

VIII.

A la mañana muy temprano, cuando la aurora difundía en el horizonte sus purpurinos celajes, cuando la brisa de Levante resbalando sobre las tranquilas y jugueteras aguas del Adriático, riza sus pliegues fluidos, bordados de plateada espuma, abrí los ojos y me hallé tendido sobre una flotante góndola, abandonada al acaso y en frente de los muros de Dígana. Estaba humecido del rocío de la noche, envuelto en mi capa y reclinado sobre mi jergón de lienzo.

Preocupado por mis recuerdos llevé la mano al pecho, y conocí que todo había sido un sueño.

Cerca de mí se balanceaba el yacht como un espectro flotante que parecía abarcar el horizonte con sus descarnados brazos. Sobre cubierta cantaban los marineros una de esas plácidas y delicadas canchales compuestas solo para el cielo de Italia, y al frente semejante á una náyade marina, como una exuberancia del golfo, alzábase la voluptuosa Venecia, con sus soberbios templos, sus palacios de mármol y sus encantadores canales sombreados por la rosada neblina del crepúsculo. El sol radiante y esplendoroso alzábase sobre nubes de oscar en el horizonte: sus rayos doraban los esbeltos capiteles de los campanarios y la cumbre de los Apeninos que afectaban marcar el cénit con sus testas abriantadas.

JOSE PASTOR DE LA BOCA.

LAS PEREGRINACIONES DE UN ALMA.

LEYENDA.

El Hijo de Dios estaba sentado en su tribunal y en su alrededor se oía el ruido sordo del trueno; detras estaban los arcángeles armados con la espada resplandeciente, y á sus pies las sombras de los recién nacidos muertos después de bautizados; inocentes almas que ni aun siquiera habían sido juzgadas, habiendo volado por sí mismas al cielo, donde se amontonaban en torno del trono de luz como esos torbellinos de hojas secas desprendidas de los árboles en otoño, que la brisa hace revolotear á los primeros resplandores de la aurora.

Sin embargo, una de ellas, la mas delicada y blanca de todas, estaba un poco separada de las demas; era el alma de un niño muerto en el mismo instante en que se abrieron sus ojos á la luz. Su existencia sobre la tierra había durado casi el mismo tiempo que tarda en concebirse un pensamiento, muriendo aun antes de haber podido sentir lo que es la vida.

Por eso no sabia nada de los hombres, aunque sin embargo brillaba en ella la celeste inteligencia que nos sirve á todos para recorrer el camino de la vida.

El Cristo se preparaba en aquel momento á juzgar las nuevas almas que la muerte había traído al pie de su tribunal, las cuales sorprendidas é inciertas esperaban á algunos pasos la sentencia que debía asignar á cada una la recompensa ó el castigo; pero tres de ellas que estaban las últimas, dejaban escapar á media voz sus dolorosas quejas.

—¡Ah!—decía la primera—¿qué pena podrá imponer la Justicia Divina á un desgraciado que ha estado condenado á vivir siempre á costa de sus sudores, y lleno de cuidados? Mi misma vida, ¿no ha sido ya bastante castigo? ¿Qué otra cosa he recibido, al nacer, mas que la facultad de padecer y prolongar mis padecimientos con mis trabajos? Nuestros primeros padres fueron castigados con justicia, porque probaron voluntariamente y con grandes delicias el fruto del árbol prohibido; pero yo he roído dolorosamente,

te, y sin quererlo, el amargo fruto del trabajo y del pecado.

—¡Ay! ¡ay!—esclamaba la segunda voz—¿qué puedo temer de la cólera del Omnipotente? ¿No me ha tenido ya veinte años metido en las fatigas, las privaciones y los tormentos de la guerra? Mi brazo ha peleado contra las naciones armadas, habiendo derramado mi sangre gota á gota por cincuenta heridas. Me he separado de mi madre en la edad en que se sabe quererla, nunca ha dado mi nombre á una mujer, y no dejo en el mundo hijo ninguno. El mismo Dios no puede inventar un suplicio comparado con semejante vida.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!—decía la tercera voz, ¿qué valen todas esas pruebas al lado de las mías? Los doctores de la tierra os han hecho tristes; pero ya me he vuelto mas triste aun con sus alegrías! Poder, gloria, riquezas, todo lo he conocido, y todo probado, habiendo visto que todo era vanidad y miseria. Rey de los hombres, los miraba desde mi elevación para ver mejor su ingratitud, su baja y avaricia. La desgracia y la maldad gobernaban el mundo; yo he caminado conservándolas contra mi voluntad á mi derecha y á mi izquierda como dos ángeles esterminadores. Condenándome Dios, ¿cómo podrá absolverse á sí mismo por haberme concedido el poder sin darme consejeros ni consueles?

De este modo murmuraban las tres sombras malditas presintiendo el anatema que iba á herirlas. El alma jóven les escuchaba con asombro, y conmovida de lastima sentía quebrantarse su confianza en la equidad del Eterno Juez preguntándose con espanto si era verdad que habia impuesto á aquellas criaturas tareas tan imposibles, y si la vida humana no era mas que una serie de variados tormentos.

El Hijo de Dios, que de una sola mirada lee en las almas, advirtió sus dudas, y llamándola á sí con un ademán, la dijo dulcemente:

—La queja de los réprobos te ha turbado, y estás tratando de saber lo que es la vida terrenal que se da al hombre como prueba, temiendo que el Padre haya enviado á sus hijos á las tinieblas subterráneas sin lámparas para guiarse en el camino. Vas á juzgar por tí misma, para que tu experiencia sirva de juicio á esas tres réprobos. Desciende entre los hombres á vivir sucesivamente en esas tres condiciones, y concluida la prueba volverás aquí para decidir de su suerte.

Apenas acabó Dios de decir esto, cuando ya su voluntad estaba cumplida: el alma inocente principiaba la triple peregrinación que se le imponía, en tanto que los muertos que debía perder ó salvar esperaban en el limbo el resultado de la prueba.

Por fin llegó el día señalado, y el alma viajera compareció ante el trono del Señor.

A su lado se hallaban las asustadas y trémulas sombras del pobre, del soldado y del monarca.

—Habla,—le dijo el Inez supremo,—y da un ejemplo patente de la justicia ó de la injusticia de mi Padre. Has vivido de tu trabajo cotidiano como esa primera sombra; diáos, pues, si has padecido todo lo que ella ha dicho que ha sufrido.

—Sí,—respondió el alma,—y acaso mas aun, pero por encima de todas mis miserias he brillado siempre una estrella, una estrella que ha alumbrado en nosotros á Job, Cristo! y que me has dado fuerza para soportarlo todo sin desaliento. Cuando mis fuerzas se acababan con el frío, el cansancio y la pobreza, y no veía en mi alrededor mas que un desierto, elevábase poco á poco su resplandor para mostrarme en lo alto, como en un espejo, ese mundo en que cada cual es recompensado segun sus obras, y donde Dios nos paga por su mano nuestros atrasos de felicidad. Entonces cada privación me parecía un ahorro hecho para el cielo, y la resignación aliviaba mis dolores. Esa estrella se llama Esperanza.

—¿Y cómo tu delicado cuerpo ha podido soportar los asaltos de la guerra? ¿cómo no ha cedido tu alma al contagio de la violencia ó de la cobardía?

—Tu mismo Job Cristo! habias previsto esta desgracia, encomendándome la defensa de mi

país. ¿No me conlaste por ventura una misión de generosidad y de valor? El hombre que combate por sí mismo es dueño de seguir los impulsos de su pasión; pero el que combate por los derechos que Dios le confía para defenderlos, no obedece á la ira ni al interés, sino que cumple un deber y lo hace con serenidad. Lo que padece, es por aquellos que viven á la sombra de su bandera, y lo que aventura, es para que otros vivan con seguridad. Animado con estos pensamientos, las fatigas son mas ligeras, y menos dolorosas las heridas, y el hombre anda con seguridad por el camino verdadero, guarecido con una coraza impenetrable que se llama *la Fé*.

—Falta la tercera prueba,—dijo Jesús,—porque tambien has vivido en un palacio con una corona en la frente y los pies sobre la multitud. Esta vez al menos no has tenido que soportar las heridas de la batalla ni las tentaciones de la pobreza.

—No,—respondió el alma,—pero topea en su lugar la indolencia del reposo y las tentaciones de la opulencia. Como vivía lejos de las miserias no me cuidaba de ellas, y los gozes que me rodeaban me parecían tan desahogados como el agua de la corriente. Colocado á tanta altura sobre los hombres, los veía tan débiles y mezquinos, que insintivamente se iba aminuando mi estimación; me parecía un hormiguero que hubiera podido destruir con el pie, y mi corazón, haviendo de los placeres permitidos, hubiera acaso probado el mal si tu bondad no hubiera colocado á mi lado un ángel que ocupaba mis ocios, dulcificaba mi orgullo, y me recordaba sin cesar que hasta los mas humildes y mas débiles eran hermanos míos, y este ángel se llama *Caridad*.

El alma se calló. Entonces el Cristo alzando su pálida frente, dijo:

—Ahora habrán aprendido los pecadores que mi Padre no deja nunca al hombre sin recursos en medio de los obstáculos de la vida. Si esos tres sucumbieron, es porque renunciaron á los tres dones que debían sostenerles y salvarlos, y allí donde no hallaron mas que desgracias, un alma sencilla ha sabido encontrar mil alegrías. La vida terrestre dada por mi Padre se parece al agua del cielo: recogíendola en un corazón firme y puro como la roca, se encuentra dulce como la miel, pero recibíendola en el fango se vuelve un brebaje envenenado. No hay paz en la tierra sino para las almas de buena voluntad.

MODO DE MEJORAR LAS PAREDES HÚMEDAS.

BETUNES EN LÁMINA.

La mayor parte de nuestros lectores, sobre todo los que habitan en cuarto bajo, han podido por sí mismos apreciar los inconvenientes de todo género que produce la humedad en las paredes. Además de la pernicioso influencia que ejerce sobre la salud esta humedad, destruye las maderas, los papeles y las pinturas, cuando está en contacto con ella, que es preciso renovar con frecuencia á grandes gastos, y siempre con pura pérdida, porque al cabo de algunas semanas, las pinturas mas sólidas se echan á perder y se borran los colores de los papeles.

Los sabios y entendidos en industria han propuesto hace mucho tiempo una porción de medios á propósito para combatir esta plaga doméstica: despues de haber secado bien la pared se la penetra de aceite hirviendo y se la cubre de diferentes capas de *mastic hidrófugo*, de composición varia segun son los inventores, ó bien se las cubre con unas hojas de plomo, lo que es costoso y menos duradero de lo que se puede creer, porque el plomo se destruye frecuentemente al cabo de un corto tiempo cuando se halla en contacto con la madera podrida.

En estos últimos años acaba de resolverse de la manera mas satisfactoria el importante problema de secar los sitios húmedos. Los se-

ñores Ledoux y Cie, sucesores de Anneteler, reducen el betun en hojas que se aplican á la pared por medio de una composición particular. Las hojas se pegan las unas á las otras por soldadura por medio del hierro candente. Las paredes quedan así cubiertas de una pasta perfectamente adherente, perfectamente impermeable á la humedad y presentando una superficie lisa sobre la que se aplica con facilidad la pintura que se conserva inalterable, lo mismo que sucede con el papel que conserva toda su frescura.

El precio del betun en láminas es inferior al del plomo. Varia desde dos francos veinte y cinco céntimos á cuatro francos veinte y cinco céntimos por metro cuadrado, ya colocado, segun lo espeso de las hojas. Las hojas *medio sencillas* son hojas de papel fuerte cubiertas de una capa de betun. Las hojas *sencillas* están preparadas de la misma manera con una tela como si fuera un alambrado. Por último, las *hojas dobles* tienen hasta cinco milímetros de espesor y están formadas de lienzo cubierto con betun por los dos lados.

Cuando se quiere preservar completamente una habitación de la humedad es absolutamente necesario cubrir de betun toda la superficie de las paredes; si la parte protectora no se elevase mas que hasta cierta altura, la humedad subiría mas arriba de ella alterando la pintura y el papel, y produciría un contraste muy desagradable con la parte inferior que permanecería seca. Además debe colocarse una capa de betun sobre el suelo. El gasto total sería así de doscientos francos, ó sean treinta y ocho duros, por una pieza ordinaria. Pero sería mucho mayor el gasto si esto no se hiciese por las varias reparaciones que habria que hacer en las maderas, pinturas, papeles, etc.

Hemos visto muchas piezas á quienes se las ha dado sanidad de esta manera; parecían tan secas como bohordillas de un sesto pisó sirve mucho este procedimiento para los almacenes, que generalmente están situados en pisos bajos, para los cuartos de los porteros, que muchos no son muy sanos, y otros mil localidades.

Las materias empleadas por los señores Ledoux y Cie son el asfalto de primera calidad (particularmente el de Seissel), el alquitran, procedente de la destilación de los asfaltes de Bastennes, y otros cuerpos destinados á dar á la mezcla una cierta ligereza. Cuando se ha fundido esta mezcla se la hace pasar por entre dos cilindros horizontales mantecados á distancia conveniente. Al mismo tiempo se hace pasar el papel por en medio, entre aquellos cilindros. Estas láminas de betun han presentado grandes dificultades, sobre todo á causa de la adherencia que la materia contrae con los cilindros, pero aquellos inventores han vencido afortunadamente estos obstáculos.

Los betunes en lámina poniéndolos en todas partes en frio (por consecuencia sin fusión en el sitio y sin olor) pueden aplicarse á una porción de cosas. Así la sociedad de estímulo á la industria nacional de París ha dado un informe muy favorable sobre este producto. Puede emplearse como revestimiento para las cañerías del agua, para los estarques, para tejados, y tambien para los pisos de los corredores y sitios de mucho tránsito, que con el continuo pasar se gastan pronto y levantan polvo. Los señores Ledoux y Cie se lisonjean de poder aplicar el betun en lámina al forro de los navios en lugar del cobre y del zinc, que cuesta mucho y dura poco.

La operación del laminado, dando al betun una gran fuerza compacta, hace que las hojas de betun sean mas limpias y mas propias que el betun ordinario para cubiertas de terrados y para los techos de los edificios. Podrá decirse que de este modo el techo presenta peligros de incendio; empero es poco fundada esta opinión y cualquiera puede convencerse de ello considerando que el betun encierra muchas materias terreas, por lo que es un cuerpo poco combustible.

Esta es una de las nuevas invenciones de que diariamente está dotado á la humanidad el siglo XIX.

MISCELÁNEA.

UN TENDERO DEVOTO.—¿Qué buena cosa es la probabilidad deca na tendero á su muger: ¿qué credito nos ha hecho adquirir!

—Si, dice la muger; pero jamás hemos debido nada á nadie, ni hemos faltado en lo mas mínimo en el peso, calidad ni medidas.

—Oyes, ahora que me acuerdo, dice el marido, ¿has echado agua al tabaco y al vinagre?

—Si, ya está

—¿Y la pólvora al aguardiente?

—Tambien.

—¿Y harina en el azúcar?

—Si.

—¿Y el sebo á la manteca?

—Si, hombre: ya está todo.

—Muy bien; pues vamos á rezar el rosario, y despues nos acostaremos en gracia de Dios.

EL ADIVINO.—Un dia de verano se hablaba en una sociedad del viento que refrescaba la sala teniendo los balcones abiertos; y un majadero, queriendo filosofar, exclamó:

—Vean vds. por qué en el invierno hace frio; pues todos estorban que en el calor en los cuartos teniendo las ventanas cerradas, y no dejan entrar el calor; en términos que el frio se queda dentro.

LA MUGER DE VEINTE Y TRES MARIDOS.—Roma, que hacia mucho tiempo habia perdido la costumbre de ver triunfos, tuvo uno bajo el reinado de Theodosio, de una nueva especie; y tan frívolo como Roma lo era, en comparacion de lo que habia sido otras veces: un hombre, despues de haber enterrado veinte mugeres, se casó con una que habia hecho el mismo favor á veinte y dos maridos: el pueblo estaba con impaciencia por ver el fin de este enlace original é inaudito, así como se esperan consecuencias de un combate entre dos atletas célebres: en fin, la muger murió, y el marido con una corona de laurel en la cabeza, y una palma en la mano, como un vencedor condujo la pompa fúnebre en medio de las aclamaciones de los romanos.

EL DESAFIO DEL GALLEGO.—Un gallego tuvo unas palabras con un andaluz, y éste le desafió: fueron al parage designado, y cuando vió que el contrario sacaba la espada, le dice:

—¿Pues qué quereis bafiros?

—¿Y quién pregunta eso, compas? Andazle lizo; sacote zu chízme, ceo valiente...

—Ya veo yo, repone el gallego temblando, que sois mal entendedor, porque toda aquella conversacion no fué mas que una chanza; yo juego con cualquiera por un efecto de franqueza; pero no entiendo nada de serio. De suerte que no quisó sacar la espada; y su enemigo despreciándole altamente le dió de golpes con el plano de la espada, diciéndole:

—Zoiz no indenteis, un collon, y oz prohibo llevar espada; y ei oz encuentro con eya alguna vez, oz he de hacer una cruz en eza carita é roza pa echalaroz por todos los diaz de vueztra vida.

—Pues señor, me acomoda, dice el gallego temblando; me sumeto á vuestra voluntad de todo corazón.

Sin embargo, continuó llevando espada, y habiéndole encontrado un dia el andaluz le saludó con un bofetón:

—E bien, señor mio, ¿asi cumpliz lo que yo oz mando?

—Señor don andaluz, vd, perduno, pues yo no he quebrantado ni palabra... Y...

—¿Cómo que no...? (otro bofetón) só facheoda.

—No señor, no he contravenido... sino que voy á ver si un espadero quiero comprarme la espada que veis, ¿... quereis comprarla?

[POBRE TOM POUCE!—A Tom Pouce, célebre general enano, le han sido robados en Cincinnati todos su ahorros, consistentes en unos diez mil francos. El percance le deja arruinado.